

ción o la argumentación, sino que es un hondo tratado sobre la acción que ha de desarrollarse entre profesores y estudiantes en la búsqueda de mejores ciudadanos, mejores personas y un acrecentado dominio de los saberes de la cultura. El cometido último, lo que le importa verdaderamente al autor, es intentar modificar los discursos y las prácticas en las instituciones escolares, desde la escuela primaria hasta la universidad. El autor sostiene que dicha pretensión de cualificar los procesos pedagógicos no se debe centrar sólo en los contenidos, sino también en los medios y modos de hacerlo.

A partir de la presentación y la crítica de algunos modelos de enseñanza, sobre todo de lenguaje —manifiestan los editores—, se presenta una caracterización del fundamento de la comunicación y de la generación del discurso. Pero también, se revisan algunas propuestas explicativas de la comunicación para culminar con una alternativa planteada como hipótesis. Desde este modelo se ubica la diferencia entre discurso y texto y entre argumentación y narración, además de algunos procesos de enunciación con una perspectiva con la cual el hablante relativiza y mira a sus referentes a través del discurso. Igualmente se asume la capacidad de recomendar vías para constituir éticamente un discurso pedagógico.

El prólogo, a cargo del profesor Jaime Cárdenas Páez, sostiene que la aparición de *Discurso y lenguaje en la educación y la pedagogía* es el fruto de una dedicación al estudio y comprensión de la naturaleza compleja del lenguaje:

Para lograrlo y fiel a sus convicciones, el autor recurre a tres estrategias; por un lado, reconstruye la historia occidental de las concepciones acerca del lenguaje; luego, formula su interpretación, adoptando una posición crítica y reservando algunos aciertos

para, en tercer lugar, esbozar una pedagogía del lenguaje de corte humanístico y hermenéutico, destinada a proponer principios para la formación de personas comprometidas con el conocimiento, convencidas del comportamiento ciudadano y con visión crítica frente al mundo de la vida.

Asistiremos, primero, a la captación de lo fundamental en el ejercicio de la docencia. Relata Ramírez Peña las primeras versiones científicas acerca del lenguaje: inicialmente pensaba que lenguaje eran las nociones impartidas por el estructuralismo, o sea, un sistema cerrado de unidades con valores permanentes, los cuales no podrían ser afectados por contextos ni por condiciones de producción. Luego, continuando con la rigidez y la cientificidad, aparecieron los generativistas y su lenguaje ideal pero no real. Posteriormente, dentro de la tradición del formalismo, aparece la lingüística de texto. Lamenta el autor que la continuidad crítica iniciada por los posestructuralistas (Barthes, Derrida y Foucault) no se hubiera mantenido, lo cual impidió entender mejor la complejidad del lenguaje sin reducirlo al modelo estructuralista. Por fortuna, los actores e interesados en el ejercicio del lenguaje jamás se pusieron de acuerdo, lo que impidió la unificación. Ramírez Peña se refiere a la separación entre teóricos del lenguaje y los interesados en examinar las manifestaciones en el discurso, brecha que aún se mantiene hoy.



Pese a tal disparidad que impide la homogeneización, al principio se veía imposible el diálogo de la lingüística con las otras disciplinas.

Comunicación, sin embargo, que no ha sido suficiente para entender el lenguaje. Las preguntas fundamentales han sido: ¿qué es lenguaje? y ¿cuál es el deber de quienes enseñan lenguaje? Sugiere Ramírez Peña que para encontrar algunas respuestas es menester hacer un recorrido por la historia del pensamiento sobre el lenguaje y explica:

Se encontrará una disputa permanente entre los enfoques unanimes, sistemáticos y científicas, por un lado, frente a aquellos denominados por algunos, conocimientos desordenados, informales, empíricos y faltos de rigor científico. Es la misma situación vivida por el contraste entre el pensamiento oficial, manifiesto del orden, considerado como el contenido natural de la educación, y los inconformes y caóticos, no sometidos y contrarios a la unificación.

Además sugiere que es menester hacer un recorrido por la historia del pensamiento sobre lenguaje, con el fin de encontrar ciertas ideas que puedan servir de principio para responder a los interrogantes, lo que él llama *La subversión teórica del Lenguaje, desde siempre*. Después mostrará, mediante algunos ejemplos, el carácter relativo del significado como parte de los enunciados o discursos constituidos al hablar, lo que llevará a cuestionar los tradicionales esquemas de comunicación (emisor-vehículo-receptor) y la concepción de una comunicación mediante un código compartido de igual manera por locutor e interlocutor.

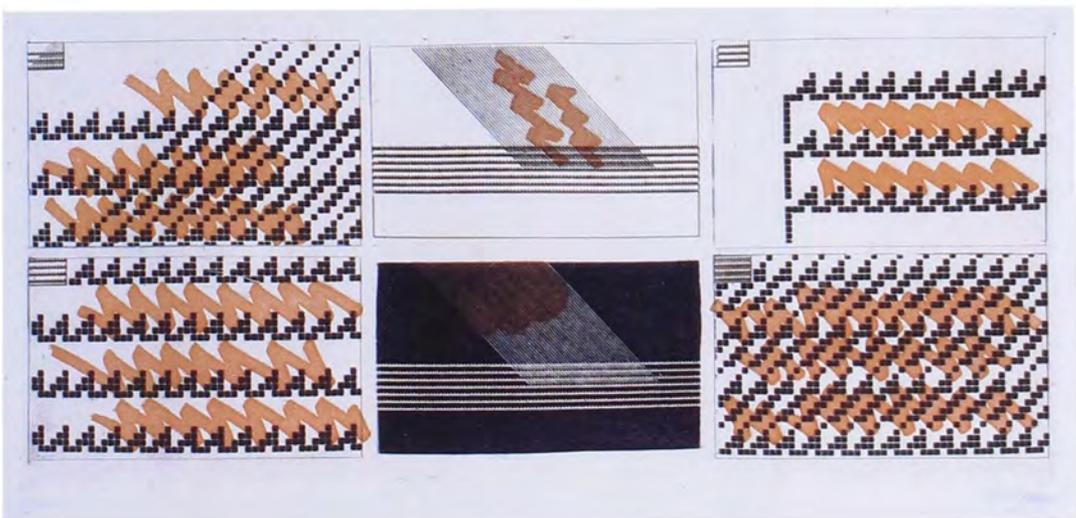
Rompimiento de esquemas, crítica del lenguaje, actitud que llevará al autor a referirse también a la verdad de los discursos del periodismo y la docencia. Del primero dice que están supeditados a intereses de orden político, económico e ideológico, para lo cual deforman las imágenes de los hechos y garantizarán, mediante procedimientos de comunicación, la perduración de una verdad particular. De la docencia afirma que aún el profesor impone y obliga al estudiante a repetir menti-

Bernardo Salcedo

Bogotá, 1939-2007



Swing
1997
Ensamblaje
136 x 169 x 47 CM



Sin título
1985
Foto-litografía
sobre papel,
núm. 88/150
44 x 70 CM



Lluvia esmeraldina
1987
Ensamblaje, vidrio, metal
y madera
49,5 x 18,3 x 34,7 CM



Bosque cultural
(MAQUETA)
c 1997
Escultura en hierro;
base de madera
29,6 x 11,2 x 1,9 CM



Caja elemental
1969, reconstruida en
2000
Ensamblaje de objetos,
pedras
35 X 35 X 25 CM



Caja elemental
1969, reconstruida en 2000
Ensamblaje de objetos, arroz
35 X 35 X 25 CM

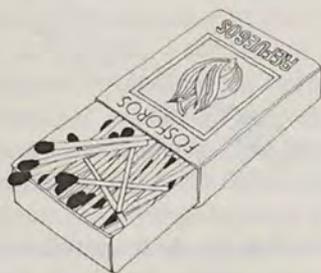


Hectárea de heno
1970, reconstruida en 2000
Instalación, 500 bolsas numeradas
de polietileno contenedoras de heno
Dimensiones variables



Cielos de plomo
1986, reconstruida en 2000
Instalación, cajas de madera
y perdigones
10 x 180 x 540 CM

ras tras las evaluaciones. “Por lo anterior, sorprenden las orientaciones dominantes para la educación actual en el mundo, llamadas educación por competencias, interesadas en lograr en el estudiante competencias para hacer”. Ramírez Peña encuentra coincidencias entre lo anterior y las orientaciones empresariales de éxito y productividad. ¿La educación asumiendo con ingenuidad los parámetros del neoliberalismo? Manifiesta, de manera muy enfática e inteligente, que, dentro del enfoque de educación por competencias, el lenguaje sigue siendo un instrumento de comunicación y la educación se convierte en un conocimiento técnico para realizar, “como si se educara a máquinas que operan buscando el logro de los resultados concretos y efectivos”. Allí lo conceptual, lo científico-técnico, la matemática y el lenguaje de la precisión, es lo prioritario. Por lo tanto, subraya el autor, “el argumento de la necesidad de la práctica y el rechazo a la teoría, se han vuelto distractores para enfocar la educación hacia un proceso alienante, con mucha capacidad para aceptar, y nula capacidad para proponer o crear”.



¿Entonces qué debe hacer el maestro de lenguaje? Empezar la labor de saber y explicar, no simplemente, de saber repetir. Darse cuenta de que son pocas las afirmaciones eternas y preocuparse por seguir en la búsqueda de enunciados originales, con características de discurso propio. Además de abandonar todo dogmatismo posible, el deber del maestro es “encontrar los procedimientos ocultos causantes de ambigüedad, poder responder por los medios usados para construir nuevos mundos y entender los orígenes

de la verdad”. Ambigüedad, porque las palabras y su constitución en el enunciado tienen procedimientos metafóricos y metonímicos, lo cual hace del lenguaje un reflejo de la propia realidad del sujeto.

Ramírez Peña está convencido de la limitación del profesor de lenguaje, al desconocer la complejidad y la participación del lenguaje en las diferentes formas de la comunicación y de la acción social. Desconocimiento que insta a ser superado y asumido como un principio ético, avanzando más allá de las puras teorías explicativas o de los conocimientos empíricos o intuitivos acerca de un lenguaje natural. De ahí el imperativo de leer el presente libro, cuyo conjunto de enseñanzas son enormes: el reto de romper las barreras impuestas por las disciplinas; no generalizar los desarrollos teóricos sobre una forma de discurso a todos los demás; superar el desequilibrio entre la teoría y la práctica; dudar siempre de la verdad y de quienes creen poseerla; saber que enseñar a leer y a escribir es enseñar a interpretar; enseñar a producir escritura y discursos orales es enseñar a ser autor de sus propios textos; no reducir el sentido de los enunciados y las palabras a las formas, entre otras.

La lectura del texto motivo del comentario nos llevará a entender la función cumplida por el lenguaje en la educación. Pero ella implica “pensar en la legitimidad de los campos del conocimiento necesarios en la explicación de las características de los agentes en el desarrollo y el progreso de la organización social”. Es vital, entonces, la concepción del proceso curricular (donde el estudiante debería construir su propio programa académico y de vida, y su propio discurso) y del ideal de formación de los sujetos. Es urgente integrar el conjunto de asignaturas a una continuidad de saberes que les den sentido al enfoque y al ideal propuesto por la institución.

Discurso y lenguaje en la educación y la pedagogía pone énfasis en la orientación para la formación integral; los hombres considerados como ciudadanos, críticos, autóno-

mos, creativos y regentes de un ámbito del conocimiento y de la cultura. Invita el autor a transformar los procesos pedagógicos, a cambiar la tradición dogmática y a producir discursos en cualquier área social. Convida a “superar concepciones y costumbres en los modos de asumir la verdad con condiciones propicias para engañar, manipular y ejercer dominios no merecidos [...] acabar con esa actitud, pasiva y contemplativa de la sociedad, con la cual orienta la educación para mantener el statu quo”.



La intención del libro es plantear que, para acercarse a la naturaleza del proceso de enseñar y aprender, se debe partir del carácter lingüístico de tal actividad, pues el lenguaje es la base y el origen del conocimiento.

Para tal efecto, *Discurso y lenguaje en la educación y la pedagogía* nos presenta tres grandes capítulos. El primero recoge algunas prácticas y problemas en la enseñanza del lenguaje, junto con propuestas y recomendaciones para mejorar ese proceso educativo.

El segundo presenta los supuestos teóricos y metodológicos del lenguaje y la comunicación, luego las relaciones de estos procesos con las representaciones mentales y el desarrollo del pensamiento.

Y el tercer capítulo versa acerca de la aplicación en la institución de la teoría sobre el discurso. Propone alternativas de procesos discursivos, en el ámbito escolar, de todos sus integrantes; hace la propuesta crítica de cómo enseñar el desarrollo de condiciones para mejorar continuamente la lectura y la escritura y cualificar la escucha y la producción oral de discursos.

El libro es un documento profundo, sustentado desde el recorrido de

un maestro. Ojalá su lectura, las vivencias y los textos reflexivos susciten un debate académico, serio y fecundo.



Por estas y muchas más razones, la colección Seminarium, de la editorial ya mencionada, se adjudica un gran acierto dentro de las publicaciones de su línea de investigación alrededor del discurso pedagógico.

GABRIEL ARTURO CASTRO

Y me embriago en lejanías para acariciar mis sueños

Yurupary, el hijo de las Pléyades, que fundó una nación en el Vaupés

Omar Vesga Núñez

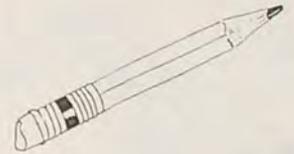
Alberto Borrero y Asociados EU, Bogotá, 2003, 182 págs., il.

De este *Breve estudio comparado* se puede decir lo que de la juventud, que tiene todos los defectos, salvo uno, y es que es la juventud. En efecto, el texto tiene defectos de edición, está escrito en un estilo grandilocuente y algo descuidado, como de alguien deslumbrado, con justa razón, que ha rumiado y digerido poco el asombro, también emocionado, cargado con las potencias de los grandes números, más bien que con la de los pequeños números. Yurupary, según este autor, comienza con la nueva era que advino luego del diluvio universal ocurrido hace doce mil años y que propició la destrucción de la Atlántida. Como en el aire musical romántico, el autor se em-

briaga en lejanías para acariciar sus sueños, y el libro escamotea, o casi, la belleza poética de la leyenda de Yurupary, se va demasiado lejos y nos aleja de ella; con tanto ruido que hace, no deja oír su música; tal es la pululación de citas de autoridad, con las que pretende demostrar que este mito tiene un alcance universal y es más poderoso y verdadero que la ciencia, poniendo de testigo a la ciencia, en algunos casos, para hacer valer su verdad. Las pocas ilustraciones del texto, salvo el pequeño recuadro de dos tocados de plumas en la carátula, son muy pobres, y contiene apenas un mapa desabrido de Colombia al final, un mapita que muestra en un círculo, como fotografiado desde la estratosfera, la región objeto de estudio, el Vaupés, donde uno no puede siquiera leer los nombres de los ríos, teniendo éstos tan singular presencia en el complejo ceremonial de que se trata, el Yurupary; de hecho éste es, entre otras cosas, *Salido de la boca del río*, y es también un raudal, como el vecino Jirijirimo en el Apaporis.

La virtud del libro de Vesga es que lo lleva a uno a averiguar en qué consiste este ritual, esta música o esta máscara que atemorizaba y atraía tanto a los misioneros, *Yurupary es el diablo*, a los niños y a las mujeres curiosas, que robaban a los hombres los *instrumentos*, luego de lo cual los hombres comenzaban a menstruar y a realizar los oficios domésticos. Por cierto, Yurupary es un brujo, un jefe, y es también una música, un espíritu, danza, relato o hechizo practicado por gran cantidad de pueblos indígenas en la zona comprendida entre el río Vaupés y el Caquetá, con el Apaporis y sus numerosos raudales en medio, territorio compartido por Colombia y Brasil, a donde llegó de 29 años, en 1881 el conde italiano Ermanno Stradelli—estudioso de las lenguas aborígenes y también poeta, vivió muchos años entre los indios y murió viejo en el leproso de Umürisal, en el Vaupés, en 1926— y recogió la leyenda, contada originalmente por el indio brasileño Maximiano José Roberto en lengua ñengatú, traducida al italiano por Stradelli,

Leggenda dell'Yurupary, y publicada en 1890 en el Boletín de la Sociedad Geográfica Italiana de Roma, según nos informa el copioso libro de Héctor Orjuela *Yurupary. Mito, leyenda y epopeya del Vaupés*, bien editado por el Instituto Caro y Cuervo en 1983, texto que sirve de base al estudio de Vesga Núñez. La leyenda fue traducida al español por el paísa Pastor Restrepo Lince; con numerosas y eruditas notas de buen coleccionista a pie de página, nos describe la pulpa, la pepa y el sabor del fruto *pihycan* que come Seucy, *Las Pléyades de la Tierra*, y cuyo jugo la deja preñada, y observa, por ejemplo, que *El espacio de un grito* es la distancia hasta donde se oye el grito en la selva; es decir, el radio de la onda concéntrica más amplia producida por la vibración del grito: medio kilómetro. Más recientemente, el relato es traducido también al español por la italiana Susana N. Salessi, versión que aparece (84 págs.) como apéndice en el libro de Héctor Orjuela, el cual está citado en el texto de Vesga por primera vez, con el nombre del autor y sin título, en la pág. 18, aunque figura con todos los datos en la bibliografía al final.



Un ejemplo de mala redacción: “La presencia irrefutable de dioses y reformadores extraordinarios, con propuestas similares [a las de Yurupary], es un hecho tanto o más contundente, *que con el resto de las culturas del mundo*” (pág. 13). O cuando faltan las comas, y el buen sentido, al escribir: “Los mitos más exactos que las pruebas antropológicas o arqueológicas desmienten tal pretensión” (pág. 12). Se refiere a la pretensión de situar el origen de las culturas americanas en el Asia, que, por cierto, no pretenden hoy hacer valer la antropología ni la arqueología serias, las que, sin embargo prueban muchas cosas, así como